



CUALQUIER COSA QUE TÚ PUEDES HACER,
YO PUEDO HACERLA MALVADA.

¡DIO!

DAMA DE NOCHE
MATA LOBOS

ADVERSARIA DEL VILLANO

BANDERA DE ENTRADA BUENA
CÓMO SER UN MAL JEFE
MALDAD AVANZADA
ESCRIBE TU HISTORIA DE VILLANO
MUERTE Y DESMEMBRAMIENTO
EL PROBLEMA LIBRO DE LOS DIOS AGNOS

HANNAH NICOLE MAEHRER

HANNAH NICOLE MAEHRER

**ADVERSARIA
DEL
VILLANO**

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez

FAERIS

Título original: *Adversary to the Villain*

Primera edición: octubre de 2026

Mapa de Elizabeth Turner Strokes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2026 by Hannah Nicole Maehrer

Edición publicada mediante acuerdo con ALLIANCE RIGHTS AGENCY

© De la traducción: Nerea Gilabert Giménez, 2026

© De esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

ISBN: 979-13-88108-32-7

Depósito legal: M-16123-2026

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



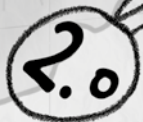
*A mi marido, Michael,
por demostrarme que el amor en el mundo real
también puede ser mágico.*

*Y para todos vosotros: así es como creo que
sería ser la adversaria moralmente cuestionable
de un villano fantástico*

RENNEDAWN

SEGURO QUE
LAS VISTAS
SON UNA KK

Si le pides un deseo
al Villano...



LA CIUDAD RADIANTE

LISTA DE COSAS
SINIESTRAS PENDIENTES:

- ☐ BOMBAS PESTILENTAS
- ☐ INJURIAS
- ☐ CALAMIDADES
- ☐ ¡CATÁSTROFE!



VIVA EL MAL

\$\$\$
EL POZO
DE LOS DESEOS
MÁS O MENOS
POR AQUÍ

BOSQUE DE HICKORY

CAMPO DE DIENTES
QQ DE LEÓN

VILLA CORAZÓN

MAR LILA

JARDINES DE
RENNEDAUN

Adversaria del villano es una novela de romance y fantasía para partirse de risa en la que aparecen lenguas cortadas y cuidadosamente catalogadas en informes posteriores a la tortura y reuniones tremendamente inútiles que podrían haber sido una misiva por cuervo mensajero. Además, la historia contiene elementos que pueden no ser adecuados para todos los lectores, como sangre, muertes, batallas, lesiones graves, referencias a torturas, escenas sexuales, traición y abandono parental, lenguaje explícito, deterioro medioambiental, conversaciones sobre cocinar y comer humanos, acoso, consumo de alcohol, peligro de ahogamiento y la muerte de un animal. Aquellos lectores que seáis sensibles a estos temas, por favor, tenedlo en cuenta.

PRÓLOGO

Érase una vez...

No era habitual que uno *detestara* que acabase la semana laboral, el último día de tortura antes del ansiado respiro del fin de semana. Sin embargo, tampoco lo era que una oficina estuviese dirigida por el villano más notorio del reino.

El caso es que ese villano *aborreecía* el fin de semana.

Trystan Maverine no estaba seguro de por qué motivo había empezado a sentir esa ira tan profunda y fulminante. Quizá fuera el silencio opresivo con el que se despertaba a la salida del sol los sábados por la mañana. O el hecho de que hubiera comenzado a evitar la cocina y los aposentos de Tatianna por miedo a que su antigua vida se colara en la nueva, la única que conocería hasta el día de su inevitable muerte. Puede que fuera porque, durante los días libres de sus trabajadores, no podía ejercer el propósito de su vida actual: hacer el mal. No obstante, últimamente, lo que más empezaba a odiar era la ausencia..., su ausencia. La de ella.

Evie Sage llevaba menos de cuatro semanas a su servicio. ¿De verdad solo había pasado un mes? Tenía la sensación de que eran años. Años confusos, agotadores y también angustiosos. Y aun así, en ese tiempo, su asistente había demostrado ser sorprendentemente capaz de satisfacer todos sus caprichos malignos, adaptándose a su forma de hacer las cosas con una sonrisa tan amplia y

reluciente que le sorprendía que aún no se le hubiera desencajado la cara.

Al parecer, a quien había desencajado era a él.

El sonido de una risa melodiosa se coló por la rendija abierta de la puerta de su despacho. Sabía quién era la culpable, ¿cómo no iba a saberlo? Si el sonido en sí no la delataba, el mero hecho de estar riendo ya era indicio suficiente. Nadie se había atrevido a reír en la oficina de El Villano antes que ella, al menos no lo bastante alto como para que él lo oyera.

Aquello bastó, en ese último y lúgubre día de la semana laboral, para colmar el vaso de su paciencia de tirano.

—¡Sage! —rugió, abriendo la puerta de un manotazo.

La risa cesó, gracias a los dioses, pero, cuando su asistente se volvió hacia él, vio que la sonrisa seguía en su sitio y eso le hizo sentir un poco como si la hubiera usado como un arma arrojadiza contra su cabeza. A lo mejor por eso de repente se sentía mareado. Carraspeó con la esperanza de que ella no se hubiese percatado de que casi se tropieza al verla, y en ese instante se dio cuenta de que Sage no estaba hablando con nadie. ¿Qué la había hecho reír tanto? Fue entonces cuando vio los papeles que tenía en las manos.

—Está catalogando mi sesión de tortura de esta mañana, ¿correcto?

Ella asintió enérgicamente y unos cuantos rizos que se habían soltado de las horquillas rebotaron siguiendo el movimiento.

—Sí, por supuesto, señor. ¡Lo tendré listo enseguida!

—¿Es en la que le he cortado la lengua a un hombre y lo he obligado a tragársela?

Ella parpadeó.

—Sí, señor. ¿Desea que catalogue algún otro incidente de la misma...? —Se quedó callada un segundo y arrugó la nariz mientras reflexionaba—. ¿Índole?

Si alguna vez en su vida Trystan se hubiera permitido soltar una carcajada, habría sido justo en ese instante.

—No, Sage. —Hizo una pausa y luego continuó—: Aunque admito que siento curiosidad por saber qué es lo que le parece tan divertido.

Ella se sonrojó tanto que casi podía sentir el calor que le emanaba de la piel a pesar de estar a una distancia prudencial.

—Ay, es una tontería.

Él se la quedó mirando fijamente.

Sage empezó a jugar con la trenza, enrollándose el extremo alrededor del dedo.

—¡No me refiero al acto de tortura en sí, por supuesto! Eso no es ninguna tontería. Es que estaba escribiendo los detalles sin prestar mucha atención y, al bajar la vista, me he fijado en que había escrito que el hombre se había... *trabado* la lengua en vez de «tragado»... —Se le escapó otra risita y se tapó la boca con la mano.

Él siguió observándola y soltó un bufido de incredulidad.

—¿Que se había... trabado la lengua?

—¡Sí! Ya sabe, esa expresión que hace referencia a cuando nos equivocamos al hablar y balbuceamos algo sin sentido. Y me ha entrado la risa porque el pobre hombre no podía haberse trabado la lengua. Más que nada porque usted..., bueno, eh..., se la había cortado —concluyó con una mueca avergonzada, aunque sin darle tregua a esa amplia sonrisa.

Él notó que las comisuras de su boca se curvaban hacia arriba sin poder controlarlas y tuvo que apartar la mirada.

—Lo lamento, señor. No era mi intención ofenderlo con mis divagaciones.

—No me ha ofendido —respondió con brusquedad. Detestaba que esta mujer tuviese semejante efecto sobre él. Por suerte, había pocos testigos. Solo quedaban un par de trabajadores y, aparentemente, todos estaban recogiendo sus cosas. Entre ellos, Rebecca Erring, que los observaba con unos ojos que percibían más de lo que resultaba conveniente.

—¿A usted alguna vez se le traba la lengua, señor?

Su inesperada pregunta lo devolvió a la realidad y lo dejó desconcertado, puesto que no recordaba la última vez que alguien le había preguntado algo de carácter personal. Más aún cuando se dio cuenta de que no había ningún atisbo de miedo en ella; en esos ojos azules que lo miraban solo había curiosidad.

—¿A usted qué le parece, Sage? —inquirió arrastrando las palabras, enterrando el ansia de escuchar su respuesta a tanta profundidad que habría que partir la Tierra por la mitad para alcanzarla.

Ella lo miró de arriba abajo y él resistió el impulso de enderezar los hombros, preguntándose qué estaba observando.

—No estoy segura —contestó finalmente—. Lo que sí sé es que a mí nunca me pasa, pero porque mi boca no espera a que a mi cerebro se le ocurra qué decir, ella va por libre.

Algo había notado, sí. Y no solo lo había notado, sino que también le resultaba entrañable, aunque de la forma más repugnante posible —si es que algo podía resultarle entrañable a un hombre nacido para sembrar el mal—. No obstante, esa falta de filtro le parecía refrescante... y a menudo lo llevaba a preguntarse cómo esa mujer había llegado tan lejos en la vida sana y salva.

Aunque también es verdad que había terminado trabajando para él.

—Desde luego, es usted una persona involuntariamente honesta, Sage —dijo con total seriedad.

Ella sonrió radiante, como si acabara de decirle que tenía el pelo hecho de oro y los ojos salpicados de diamantes.

—Qué amable por su parte, señor.

En algún lugar del mundo, un duendecillo acaba de perder las alas, pensó con sarcasmo.

Se pellizcó la nariz y soltó un suspiro.

—No era mi intención ser amable.

Sin embargo, su gratitud bien podría haber sido una roca, dado que la sintió como un golpe en el pecho. Por lo general, de-

testaba cualquier forma de alegría, pero este era un sentimiento completamente nuevo: la presencia de esa mujer le provocaba un malestar constante en el estómago. Se preguntó qué pensaría ella si la comparara en voz alta con una intoxicación alimentaria.

—Termine con esto y váyase a casa —le ordenó para evitar hacer alguna tontería, como equiparar el efecto que ella le causaba al de un pescado en mal estado. Lo cual habría sido igual de deshonesto que de ridículo, dado que aquella condenada mujer siempre olía a los caramelos de vainilla que comía a diario (sospechaba que iba a caramelo por hora).

Dio media vuelta para no verla más, con la esperanza de que esos dos días de ausencia le dieran tiempo suficiente para borrar de su memoria aquella horrible interacción.

Pero entonces ella se levantó de la silla, arrastrándola por el suelo de piedra, mientras lo llamaba.

—Señor, antes de irme... ¿puedo preguntarle cuál es la política de la empresa sobre las relaciones sentimentales entre compañeros de trabajo?

A la porra.

Esa interacción se iba a quedar grabada a fuego en su cerebro. Se giró hacia ella despacio.

—A mi despacho —respondió con frialdad—. Ahora.

Ella se apresuró a seguirlo, entró tras él y se fue hacia la esquina para coger la silla en la que solía sentarse, la misma que se había convertido en el centro de una tácita guerra diaria. El primer ataque había sido perpetrado por él al empujar el asiento lo más lejos posible del escritorio, seguido de ella ignorando por completo esa acción y acercándolo de nuevo.

Desde entonces, se había convertido en una especie de ritual y, a pesar de su evidente irritación, no le había dicho en ningún momento que parara. Se limitaba a observarla con el rostro impasible. No la ayudaba cuando la silla, inevitablemente, se atascaba en las baldosas irregulares del suelo; de hecho, encontraba un morboso entretenimiento en verla tropezar mientras la arrastraba

y se deleitaba con su adorable ceño fruncido al sentirse traicionada por aquel objeto.

Debía arreglar las baldosas del suelo.

No lo iba a hacer.

Pero probablemente debía.

Cuando por fin soltó la silla y se sentó, él caminó con parsimonia hasta su asiento al otro lado de la mesa. El nerviosismo de Sage era palpable. Intentó disfrutarlo.

—¿Sería tan amable —preguntó con voz grave, cruzando las manos sobre el elegante escritorio negro y echando los hombros hacia atrás— de decirme por qué le interesan las normas de confraternización en la empresa?

No parecía intimidada, aunque, a decir verdad, nunca conseguía provocarle ese efecto por mucho que lo intentara. Era un misterio por qué seguía probando suerte cuando cada vez estaba más claro que a ella le encantaba. También era un misterio qué carajos le importaba a él si ella quería fraternizar con sus compañeros de trabajo.

Románticamente.

Sage no percibía su creciente ira. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, frunció los labios y empezó a jugar con las manos.

—Uno de los chicos de contabilidad ha insinuado que este fin de semana estaría..., eh..., dispuesto a profundizar en nuestra relación fuera del ámbito laboral. Le he dicho que tenía que comprobar si eso rompía alguna regla.

Lo único que se iba a romper eran los huesos del condenado cerebritito de las matemáticas que se había atrevido a hacerle semejante propuesta.

Aquello era un lugar de trabajo, no una agencia matrimonial.

Reymundo se subió al escritorio de un salto, sosteniendo dos cartelitos que indicaban que sabía lo que estaba pensando Trystan.

VAYA TELA.

Trystan agarró los cartelitos sin miramientos y los lanzó por la ventana.

Sage se lo quedó mirando con cara de incompreensión y luego le sonrió a Reymundo, quien se acurrucó en su palma.

—¿Qué quiere decir con «profundizar en nuestra relación»? —preguntó él, en apariencia impasible, pero con el corazón acelerado como si estuviese huyendo. En este caso, lo que lo perseguía era una emoción humana básica.

—Tener una cita —aclaró ella, mirándolo con la cara de preocupación que normalmente se pone al hablar con un anciano que siempre pierde las llaves de casa. Después soltó un suspiro y se señaló el pecho—. Admito que al principio a mí también me desconcertó, porque creía que todos los de la oficina me encontraban rara.

—Es que *es* rara —respondió él como acto reflejo, y tuvo que reprimir el impulso de darse un cabezazo contra la mesa de madera.

—Gracias por la confirmación —replicó Sage con sarcasmo, haciendo un gesto con la mano.

Era rara, sin duda, pero cualquier persona normal debía ser capaz de ver que también era un ser extraordinario y excepcional; alguien que no se inmutaba ante los informes de lenguas cortadas e incluso encontraba motivos para reírse mientras los redactaba; alguien que nunca parecía quedarse sin comentarios estrambóticos que soltar cuando la situación se ponía tensa, que era justo lo que debía de pensar que estaba pasando ahora.

Sage comenzó a divagar y sus palabras resonaron en los oídos de Trystan de la forma más terrible posible.

—La última vez que alguien me cortejó, la cosa acabó fatal —explicó desviando la mirada—. Éramos totalmente incompatibles. Bueno, físicamente no, claro, aunque tampoco es que en ese aspecto fuera nada del otro mundo. —Se tapó la boca con la mano—. Supongo que podría haberle ahorrado esa parte. —Las palabras sonaron amortiguadas, pero denotaban vergüenza.

Sí, podría habérsela ahorrado, dado que la mera mención de esa escena lo obligaba a pensar en su asistente en términos físicos. Lo cual no consiguió alterar la serenidad de su expresión facial, aunque, si a ella se le ocurría bajar la mirada, descubriría que tenía los nudillos blancos de tanto apretar el borde del escritorio.

Debería haberle dicho que aceptara. Pensó que, con un poco de suerte, se enamoraría de uno de sus empleados y lo dejaría en paz de una vez por todas.

No era relevante que el mero hecho de plantearlo le causara náuseas.

Quizá había comido pescado en mal estado y ahora la podredumbre le estaba contaminando la sangre, volviéndolo loco.

—Las relaciones sentimentales entre compañeros no están permitidas. De hecho, están estrictamente prohibidas —soltó sin pensar, y de repente comprendió lo duro que era vivir como Sage: con una boca que se adelantaba al cerebro—. Sin embargo —añadió tratando de contenerse—, si usted tiene muchas ganas de conocer mejor a ese individuo a pesar de la política de la empresa... —se tragó las palabras como quien se traga un cuchillo de carnicero—... podríamos hablar con la señorita Erring para barajar una posible excepción.

Ella agitó las manos mientras negaba con la cabeza. Trystan nunca había sido ni sería jamás un experto en emociones humanas, si bien habría jurado que los hombros de su asistente se relajaron por el alivio más que por la decepción.

—¡No, no! ¡No hace falta! Gracias por el ofrecimiento, pero debo admitir que esperaba que me dijera que no —contestó; después exhaló y se llevó una mano al pecho.

Él arqueó una ceja, esperando pacientemente a que continuara y preguntándose en qué punto se había perdido, dado que no entendía nada.

—Me lo ha propuesto delante de todo el mundo a la hora del almuerzo —explicó Sage en voz baja—. No me apetecía aceptar, pero tampoco quería avergonzarlo, así que le he dicho que primero tenía que consultarlo con usted.

¿El hombre se lo había pedido delante de más gente? Ni siquiera Trystan era tan torpe como para incomodar tanto a una mujer, y menos a una que parecía siempre tan dispuesta a complacer a los demás. Aquello era abusivo.

La ira volvió a expandirse por su interior, esta vez con una potencia insólita.

¿Desde cuándo me sorprende mi propia ira?

—Hágame el favor de decirle que, si insiste, habrá consecuencias —respondió Trystan con una frialdad que hizo temblar incluso a Reymundo.

Un atisbo de vulnerabilidad se reflejó en el rostro de Sage.

—Gracias, señor. Es un alivio. —Se le suavizó la mirada—. Aunque supongo que será un alivio mayor cuando se lo diga. Espero que no se sienta demasiado ofendido.

La idea de que alguien, especialmente un hombre que trabajaba para él, pudiese vejarla de cualquier forma ante aquella negativa le resultaba tan insoportable que se levantó de la silla.

—Puedo darle yo mismo la noticia, si eso la ayuda.

Quien dice darle la noticia dice empujarlo por el tejado.

—Ay, no hace falta. —Ella se rio y exhaló un suspiro que llevaba tiempo conteniendo—. Me siento un poco cobarde, la verdad. Debería haberlo rechazado en cuanto me lo pidió.

Era absurdo. No había nada ni remotamente parecido a la cobardía en esa mujer, a pesar de los denodados esfuerzos de Trystan por evocarla.

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó él.

—Bueno... —Realizó una pausa, como si estuviera meditando sus siguientes palabras—. Creo que es bastante difícil decirle que no a alguien cuando no sabes cómo va a reaccionar.

Todos los músculos del cuerpo de El Villano se tensaron.

—¿Temía que le hiciera daño?

Esa pregunta era peligrosa, pero, justo después de formularla, el sol poniente se coló por la ventana e iluminó el lugar exacto donde ella estaba sentada, como si también suplicara un cambio

de tema. La luz que se reflejaba sobre su cabello oscuro hizo que el azul de sus ojos pasara de suave a penetrante.

Todos los pensamientos de Trystan se desvanecieron en un instante.

Ella no respondió a su pregunta, solo sonrió, entrecerrando ligeramente los ojos.

—Parece que la luz del sol ha querido unirse a la conversación para aportar un toque de alegría.

¿Alegría? No. Tal vez para alejar la oscuridad y aportar seguridad, para lograr que aquella interacción fuera más soportable, si bien era cierto que, al verla disfrutar, lo que sentía en el pecho era lo más parecido a la felicidad que había experimentado en mucho tiempo.

Haciéndose sombra con una mano sobre los ojos, Sage ladeó la cabeza.

—¿Por qué su ventana es una de las pocas que carecen de esas preciosas vidrieras?

—Porque representaba una escena demasiado feliz para mi gusto —murmuró él, recordando el día en que la había desmontado pieza a pieza antes de ordenar a sus guardias que se la entregaran a la persona que más lo había traicionado.

Sage se enderezó.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo de feliz?

Con una ceja enarcada, observó la ventana de reojo.

—Representaba a dos amantes en un campo de flores. Intentaban alcanzarse, pero no llegaban a tocarse.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Y eso le pareció que era *feliz*?

—Me pareció molesto y poco agradable a la vista. —Resopló. El sol seguía iluminando con saña el lugar donde ella estaba sentada, provocando que todo su cuerpo resplandeciera. Por un momento, deseó que ella también fuera... molesta y poco agradable a la vista.

Por desgracia, era encantadora.

¿Encantadora?

Maldita sea.

Carraspeó y volvió a centrar la conversación en el tema que los ocupaba.

—No se preocupe, Sage, me aseguraré de mandar un recordatorio a todo el personal acerca de nuestra estricta política antifraudatización. Voy a pedirle a Keeley que la acompañe a casa. Disfrute del fin de semana.

Claramente desconcertada ante aquella abrupta despedida, se puso de pie y asintió. Tenía los ojos llenos de interrogantes mientras se alejaba de la luz del sol, que ahora que ella ya no estaba parecía más tenue. Trystan pensó que sin duda se le estaba yendo la pinza.

—Gracias, señor. Espero que disfrute de unos días de descanso. *Permítame que lo dude.*

—Váyase antes de que revoque mi generosidad y le haga limpiar el suelo de la cámara de tortura.

Esbozó una mueca que, de no haber sido por su incapacidad para apreciar el humor, le habría parecido cómica. Lo cual era una prueba más de lo ridícula que era.

—¡Uf, no! —Puso cara de asco—. Señor, le ruego que la próxima vez utilice la lona que le compré.

—Váyase —le ordenó.

Y se fue, dejando atrás su aroma a vainilla para torturarlo. Cerró los ojos, inspiró y odió que aquel olor lo calmara.

Hizo ademán de volver a colocar la silla en la esquina para recuperar el control de la situación, pero entonces recordó cómo la luz le había iluminado el rostro ahí sentada. Se quedó mirando el objeto un momento, pensativo.

Después decidió dejarla donde estaba.

La batalla silenciosa entre ellos había llegado a su fin.

Y estaba claro quién había ondeado la bandera blanca.

Al salir con paso firme hacia la sala principal, vio a Rebecka Erring recogiendo sus cosas. Al acercarse, ella se enderezó.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle antes de irme, señor?

—¿Cuál es nuestra política sobre fraternización entre empleados?

Los enormes ojos de la mujer se agrandaron hasta sobrepasar el borde de sus gafas.

—No tenemos ninguna. En contra de mi recomendación, debo añadir. Sin embargo, los trabajadores no suelen socializar en la oficina, excepto si usted les da permiso.

—Yo nunca doy permiso —repuso él.

Ella arqueó una ceja.

—Exacto.

—Encárguese de redactar una, y de que quienes la incumplan se atengan a las consecuencias.

—¿Con consecuencias se refiere a un despido?

—Entre otras cosas —contestó con sequedad.

La señorita Erring no se lo pensó dos veces antes de responder:

—Me aseguraré de que los demás trabajadores estén al tanto, señor. Y también de que Thomas no vuelva a pedirle a la señorita Sage que se involucre sentimentalmente con él.

¿Thomas? ¿Ha sido Thomas? Ese enano escuálido...

—¿Usted lo sabía? —la acusó.

—Le ha hecho unos comentarios tan inapropiados que todo el mundo se ha enterado —dijo la señorita Erring cruzándose de brazos—. Si me hubiera hablado así a mí, le habría clavado mi abrecartas favorito en el corazón.

Tres pensamientos se manifestaron a la vez: el primero era que Sage había minimizado el encuentro; el segundo, que la señorita Erring era mucho más despiadada de lo que creía; y el último... Bueno.

Por primera vez, estaba deseando que llegara el fin de semana.

Salió de la sala con paso firme, oyendo cómo la señorita Erring le preguntaba a sus espaldas:

—¿Adónde va?

Dejó que su poder lo envolviera en oscuras oleadas. Al responder, su voz no era más que un susurro en el silencio de la oficina, ahora vacía.

—A colocar la lona.

Bajo ninguna circunstancia era recomendable adoptar el papel de adversario de El Villano.